



Abel Bri Ander

Accésit del Primer Premio 451 de Novela de Ciencia Ficción

Colección 2099
EDICIONES IRREVERENTES

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Abel Bri

De la edición © Ediciones Irreverentes S.L.

Del Prólogo © Julián Montesinos Ruiz

Ilustración de portada © Innovari-Fotolia

Septiembre de 2013

<http://www.edicionesirreverentes.com/2099/cifi.html>

ISBN: 978-84-15353-81-2

Depósito legal: M-24234-2013

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

Prólogo	7
CAPÍTULO 1. El Monte Afilado	11
CAPÍTULO 2. La selva Di-Yu	21
CAPÍTULO 3. Los combates cuerpo a cuerpo	32
CAPÍTULO 4. Maniobras en la Selva Di-yu	48
CAPÍTULO 5. Los arrozales	60
CAPÍTULO 6. La frontera de la luz	69
CAPÍTULO 7. Hermanados en la oscuridad	76
CAPÍTULO 8. Encuentros clandestinos	82
CAPÍTULO 9. Hay algo más	92
CAPÍTULO 10. La cacería	101
CAPÍTULO 11. Corre hasta morir	112
CAPÍTULO 12. El agujero de gusano	122
CAPÍTULO 13. Un paso a lo desconocido	135
CAPÍTULO 14. Nuevos Aires	143
CAPÍTULO 15. De dónde vienen los niños	160
CAPÍTULO 16. La rebelión	173

PRÓLOGO

CONTAR UNA HISTORIA, CREAR UN MUNDO

El lector que se adentre en las primeras páginas de esta novela morderá el anzuelo de la ficción y ya no podrá regresar a tierra firme, se encontrará atrapado en las procelosas agua de la literatura que exhibe Abel Abril, un escritor (digámoslo con claridad desde el principio), que no sólo sabe contar una historia y mantener en tensión a sus lectores, sino que acierta a crear un mundo literario en el que no hay «lugar para el amor, solo para la crueldad, la frialdad y la severidad».

Pero con la carnaza de su historia en los labios, al lector ya no le queda otra opción que avanzar para ir descubriendo poco a poco el valor literario de *Ander*. Las peripecias de los personajes son referidas por un protagonista principal («Mi nombre es 2.046B»), a quien se conoce como Rana por su agilidad y rápidos reflejos, cualidades que le ayudarán a sobrevivir en un mundo en el que han sido entrenados para ser asesinos y buenos soldados al servicio del Viejo Imperio, un mundo injusto y cruel, pero no el único. A través de Rana, observamos con asombro los métodos despiadados que el sargento Gibberne y sus secuaces utilizan en el campamento Monte Afilado, un lugar inhóspito al que no sabemos, hasta el final de la obra, cómo han llegado los niños y niñas que luchan por sobrevivir. La acción se sitúa en Gliese 581D (un planeta conocido como Dante) y se desliza con suma fluidez. Así vamos descubriendo el sentido de estos personajes entrenados como soldados al servicio de un imperio en el que los valores humanos no existen. Como si fueran

gladiadores que necesitan matar para seguir viviendo, los personajes luchan porque saben que existe la promesa de otra vida en otro mundo. Capítulo a capítulo, Abel Bri va dosificando sabiamente el argumento de su novela, y así la trepidante acción de la selva y los arrozales se compensa con el encuentro amoroso entre la hermosa Destello y Ander, o con esas conversaciones escatológicas en una poza que pudiera ser la imagen viva del paraíso en un mundo donde es imposible su existencia. Abel Bri moldea a su antojo los temas y los personajes hasta dar forma a figuras con personalidad propia, y consigue hilvanar un argumento lleno de agradables imprevistos, donde en el fondo subyace un debate ideológico propio de un mundo organizado de modo maniqueo: soldados frente a esclavos, el mal frente al bien, el odio real frente al amor deseado, el progreso irracional de la Tierra frente a la visión idílica de la tribu indígena de América.

Asistimos, así, a un ejemplo válido de lo que pudiera ser considerado como una novela de aventuras y aprendizaje. Y está tan bien contada esta novela que no debiera ser invisible a los ojos de la crítica especializada, porque estoy convencido de que Abel Bri muestra una sabiduría narrativa tal que le convierte en un nombre que habrá que tener en cuenta entre quienes escriben novelas que aúnan la aventura, la fantasía sui generis y el thriller con reflexiones psicológicas. Sobre un fondo realista de una inquietante fealdad sobresalen elementos fantásticos propios de la ciencia ficción: la original denominación de los planetas (Gliese 581), un mundo donde no existe la noche ni la oscuridad, dragones domesticados por asesinos, sofisticados aparatos tecnológicos, localizadores electrónicos, túneles electromagnéticos que enlazan con otros mundos ignotos, y nombres insólitos para designar a unos personajes que son esterilizados

desde su nacimiento (Espejo Uno, Roble, Elfo Gris, Bruma), elementos que, sabiamente combinados, contribuyen a dar una sensación de credibilidad argumental.

Aseguran los críticos que una novela no debe mostrar al lector las costuras que la tejen y la hacen avanzar, esto es, debe pasar el arte del autor de manera inadvertida. Dicho esto, convenimos en que el escritor Bri sabe lo que hace, demuestra su experiencia narrativa en muchos aspectos, y entre los que habría que citar la recurrencia con la que alude a un destinatario desconocido hasta el final de la obra: «Esto no era una vida realmente. No una vida como la tuya, te lo aseguro». Asimismo, derrama sobre el cuerpo de la novela imágenes impactantes («sus carcajadas sonaban como cuchillos siendo afilados»), sin que mermen su objetivo principal: contar bien una historia interesante y crear un mundo de ficción autónomo, lo cual hay que valorarlo como un éxito. O dicho de otro modo: igual que los personajes de esta novela disponen, para medir las acciones superadas y lograr una vida mejor, de un contador de créditos (una especie de reloj de pulsera que acumula puntos para huir a otra realidad), el autor de esta novela ha superado con creces su reto personal de escribir una magnífica novela.

Cuando concluimos la lectura, no nos arrepentimos de haber mordido el anzuelo de las primeras páginas, aunque la singladura haya sido tan breve como sus veinticuatro horas de rigor. Durante ese tiempo, hemos viajado desde el planeta Dante hasta el planeta Tierra disfrutando de una hermosa y subyugante historia. Y basta ya, bienvenido lector, de perder el tiempo con este prólogo que aquí acaba. Ahora empieza tu aventura.

JULIÁN MONTESINOS RUIZ

CAPÍTULO 1 EL MONTE AFILADO

Tu vida, tu mundo, apuesto a que no es como el mío. Tú, que por algún azar o fortuna estás ahora leyendo estas líneas, tienes una serie de problemas que, a tu parecer, son tremendos, insufribles, catastróficos. Sin embargo, como he dicho, tu mundo es mejor que el mío.

¿No me crees? Lo comprobaremos. Te haré algunas breves preguntas: ¿Naciste con un padre y una madre, unos hermanos, una familia? ¿Creciste en un hogar caliente, cómodo, confortable? ¿Tuviste cariño? ¿Te educaron en libertad o te criaron como a un esclavo? ¿Tuviste que matar a alguien cuando apenas tenías seis años?

¿Por qué te hago todas estas preguntas? Porque yo no crecí en un hogar normal, ni en una familia corriente, ni conocí qué era el cariño, ni la libertad durante mi niñez y adolescencia; y, además, tuve que asesinar siendo un niño.

Pero no quiero atosigarte ni aturullarte con una larga introducción y un sinfín de datos. Te diré simplemente quién soy. Todos me conocen como Rana. Sí, seguramente te preguntarás: ¿qué clase de nombre es ese para una persona? Claro, no es un nombre real, es un pseudónimo, un mote, que resulta bastante descriptivo. A alguien se le ocurrió decir de mí: «Observad a ese chico, salta como una rana, es imposible cazarlo». Y gracias a esa cualidad, a mi agilidad y velocidad (y también gracias a muchos otros factores que te iré desmenuzando) es por lo que hoy sigo con vida y puedo escribir

sobre mi vida y el mundo que he conocido. Pero, como te he dicho, ese no es mi nombre real. No tengo un nombre como el tuyo. Soy 2.046B. Este número y esa letra es como me han identificado durante años todos mis superiores. Todos cuantos vivíamos en el campamento teníamos un número, pero esto resultaba muy farragoso y era habitual que nos llamáramos por nuestros mote. Claro, para ti que no sabes nada de mí salvo mi nombre, esto te resultará extraño todavía. Me remontaré a mis primeros recuerdos, a mi infancia.

¿Tienes tú algún borroso recuerdo, tal vez irreal, de cuando eras un bebé? Yo sí lo tengo, pero no tengo claro si fue cierto o un sueño. Si cierro los ojos y me concentro puedo ver a una mujer hermosa que me sostiene en brazos. Su cabello se doraba con los rayos del sol, que relucía nítido, y casi puedo oler el perfume de coco que me llegaba a la nariz cuando el aire esparcía cada uno de sus pelos. Creo que era mi madre y que ese fue un momento feliz.

Mis otros recuerdos son mucho más nítidos. Me veo en un campamento militar infantil, rodeado de otros niños que lloran, patalean y se mueven desorientados. Era un lugar frío que olía a moho, polvo y suciedad, a meados y a sudor. Esta es mi primera imagen del Campamento Infantil de Monte afilado. No sabía cómo llegué hasta allí, ni de dónde vine, ni si realmente tuve padres. Era lógico que aquel lugar se llamara el Monte Afilado, pues, estaba enclavado en una cordillera de puntiagudos penachos, picudas montañas y grises, tenebrosos y siniestros montes que crecían de la tierra como colmillos de un hambriento lobo.

No veíamos ninguna escapatoria y los niños, que nos mirábamos unos a otros desconcertados, estábamos rodeados por

soldados: adultos, fornidos, armados, uniformados, de rostros tan severos que podían helar la sangre de un tigre con tan solo una mirada.

Uno de ellos, cuya colgante y negra barba jamás olvidaré, me tendió un palo de madera. También a los otros muchachos (bueno, decir muchachos no es muy preciso, no tendríamos más de cuatro o cinco años) les entregaron palos y varas. En aquel instante aquel tipo barbudo alzó la voz y dio una orden, con una voz tan pausada, tan suave, tan leve, que muchos ni se enteraron:

—Atención, aprendices. Es la hora del calentamiento. Debéis pelear unos contra otros durante una hora. Es la mejor manera de entrar en calor. Quien se niegue a pelear recibirá quince latigazos.

Hubo niños que se negaron a pelear. Especialmente niñas. Todavía resuenan en mis oídos los agudos alaridos, las finas vocecillas quebrándose en la garganta, rechinando como cuchillos, cuando las desnudaron contra una roca y una a una las fueron azotando con aquellos horribles látigos de tiras de cuero y bolas de acero en el extremo. Me quedé embobado mirándolas llorar y sufrir y no ví un palazo que me golpeó en la frente y me tumbó. Un poco más abajo y podría haberme quedado tuerto. Tuve suerte. Desde el suelo miré reírse a aquel niño que parecía triunfal y victorioso de haberme tumbado. Sentí una terrible furia. No era el dolor, no era el sentirme vencido, era su humillante risotada lo que más me dolía e indignaba. Hice un felino gesto y con mi palo le golpeé en la risueña y abierta boca y le salté cuatro dientes de leche en un momento. Ese fue el comienzo. Lo que siguió, en el campamento infantil, no fue mejor.

Nuestra rutina era monótona y terrible. Nos levantábamos y entrenábamos, comíamos, entrenábamos y dormíamos. Nada más. La comida era frugal, alguno se caía de inanición. Pasábamos con solo una al día, aunque, eso sí, muy rica en proteínas. Y el entrenamiento era terriblemente duro, no ya para niños como nosotros, sino incluso para adultos. No obstante, de tanto repetir los durísimos entrenamientos físicos, terminamos por interiorizarlos y todo se volvió más llevadero.

Nos peleábamos y competíamos unos contra otros y eso dificultaba que surgiese ningún sentimiento positivo. No obstante, tal vez sea algo innato, un niño necesita sentir afecto. Fue algo mutuo. Encima de mí, en la litera, dormía un niño regordete, de mejillas sonrosadas y ojos azules que hubiera despertado en cualquiera el amor o el odio con tan solo verlo. En mí despertó el afecto y nos hicimos amigos, en secreto. Nos hablábamos con las miradas, pues los soldados no permitían que cuchicheáramos ni habláramos y los castigos eran canallas y dolorosos. Pero, en secreto, nos echábamos una mano en los entrenamientos y hasta, sin que nadie lo percibiera, nos gastábamos alguna broma o nos contábamos chistes.

Hubo un día en que aquel tipo de la barba colgante, ya sabía yo por entonces que se llamaba Sargento Gibberne, nos estaba dando indicaciones y supervisando mientras corríamos por un barrizal. Por descuido, Gibberne dio un mal paso y su suela se resbaló en el fango. Cayó en peso muerto, desequilibrado, y todo lo alto que era, se extendió como un árbol talado sobre el lodazal. Causó tan gran estruendo que todos se giraron a mirarlo. Pero tan solo un pobre chaval se atrevió a reírse. Seguramente ni lo pensó. Fue un acto espontáneo, nervioso, impulsivo. Cuando el Sargento Gibberne

se levantó y lo vio, debió de sentirse tan colérico e indignado como yo mismo cuando recibí aquel palazo y observé la posterior burla. Aquel chico de cobrizos cabellos rizados intentó correr, huir, pero no tenía adónde, rodeado de soldados como estaba por doquier. Nos miraba y pedía ayuda: nadie movió un dedo ni se atrevió a dar la cara por él, a tratar de calmar a Gibberne. Finalmente, el Sargento lo cogió por el pescuezo y lo levantó en vilo, con un solo brazo. Las piernecillas del antes risueño muchacho se movían como culebras y pataleaban. El sargento, mientras lo estrangulaba con una mano, sin apretar demasiado para prolongar la agonía, sacó un cuchillo con la otra mano y le rajó el estómago. La barriga del muchacho se abrió como una de esas piñatas que en tu infancia tú sí debiste de conocer, y de ella cayeron tripas como longanizas que rozaban el suelo. El Sargento Gibberne aligeró la presión y lo dejó caer para que terminara de morir allí tirado. Después, muy amablemente, nos pidió que continuáramos entrenando y déjaramos de observar, que desoyéramos los gritos del moribundo, si queríamos conservar todos nuestros órganos internos dentro de nuestros cuerpecitos indefensos.

Pese a lo terrible del incidente, la imagen del Sargento resbalando entre el barro y levantándose cubierto de porquería, nos ayudaba a dormir y a serenarnos en las noches más frías. Tal vez aquí deba explicar algo que podría sorprenderte. Nosotros llamábamos noche, tal vez por la costumbre adquirida en nuestros adiestradores, al periodo de descanso durante el cual nos tumbábamos en la cama y dormíamos con las ventanas y persianas herméticamente cerradas. No obstante, fuera no había oscuridad. Nunca.

Jamás había visto yo algo distinto al sol rojo dominando el cielo, a no ser que se tratara de una jornada nubosa. No había diferencia real entre un día u otro. La luz rojiza de nuestra estrella nos bañaba a diario y nos mantenía atentos y despiertos. Había escuchado rumores sobre la existencia de otros lugares donde la luz era distinta. Sin embargo, no solía prestar ninguna credibilidad a estas historias. Esa oscuridad, esa sombra artificial de los barracones en que dormíamos, resultaba a veces aterradora. El no ver qué tienes al lado, por mucho que te queden otros sentidos, puede ser terrible. Por ello, cuando en la profunda penumbra se insinuaba la silueta de mi amigo y sus blancos ojos relucían y también los míos y yo le guiñaba un ojo, él sabía que le estaba recordando aquella cómica imagen de nuestro odiado superior. Así, tras mi guiño, él apretaba la boca y escondía la misma sonrisa que yo, y desaparecía cualquier temor. Y tratábamos de desterrar y desligar de la simpática imagen el recuerdo de nuestro compañero muriendo de dolor destripado entre el barro.

Pero no había lugar para la felicidad ni la esperanza en mi mundo, en nuestro mundo. Así que hubo un nuevo punto de inflexión. Ya te lo había avanzado antes.

Éramos todos de la misma edad, o eso nos decían. Así que el día que cumplimos seis años nos organizaron una siniestra fiesta. A primera hora del día nos levantaron y nos sacaron a golpes y empujones. El Sargento Gibberne lucía una esplendorosa y malévola sonrisa, una desencajada mueca como si alguien le estirara la piel desde sus orejas dibujándole todas sus curtidadas arrugas.

Observé a los soldados. También sus sádicas dentaduras relucían bajo los rayos de luz como afiladas estrellas. Me

preguntaba qué tramaban. Era la hora del calentamiento y, sin embargo, esta vez no había palos de madera en sus manos, sino cuchillos de obsidiana.

El General, que sabía de memoria nuestros nombres, o números, según se vea, nos fue llamando y emparejando.

A pesar de la incertidumbre, yo sentía en el pecho un hálito de alegría y esperanza, porque me habían emparejado con mi buen amigo y vecino de litera. El regordete pareció querer consolarme, y así tal vez consolarse y calmarse también él mismo, y, por primera vez, fue él quien me guiñó el ojo izquierdo, recordándome aquella ridícula caída del Sargento Gibberne. Tuvimos que contener las risas, no deseábamos ser castigados. Esa complicidad volvía más soportable nuestra nauseabunda y despreciable realidad.

Al fin, el Sargento desveló el misterio: Ordenó que nos colocáramos enfrentados con nuestros compañeros, nos tendió cuchillos en lugar de palos y, con su habitual voz pausada y susurrante, esta vez más sádica y salivosa, nos espetó:

—Aprendices, hoy es vuestro sexto cumpleaños. Felicidades. Durante estos años habéis aprendido a luchar, a esquivar, a correr y también a leer y escribir. Hoy os entregaré un bonito regalo de cumpleaños: la vida. No obstante, solo os lo entregaré a algunos de vosotros. La realidad es que este sitio se nos queda pequeño. Os hacéis mayores, sois muchos y no todos nos seréis útiles en el futuro. Realmente sobráis más de la mitad. Tenemos muchos árboles que abonar y lo haremos con vuestros cadáveres. De manera que el calentamiento de hoy será con sangre y muerte. Pelearéis contra el compañero al que os hemos enfrentado hasta que solo uno

de los dos siga vivo. Quien sobreviva, recibirá el mayor regalo: la vida. Comenzad.

Mi regordete compañero de litera tenía todavía la mirada clavada en el Sargento, como si procesara o no terminara de creerse la orden que nos había dado. Si yo quería sobrevivir, y desde luego que lo deseaba, si tenía la intención de que mi corazón siguiera latiendo, esta era mi oportunidad. Sopesé todas las oportunidades... era imposible seguir viviendo si me negaba a pelear. Había visto cómo se había torturado y ejecutado a quienes no obedecían una orden. No tenía opción, no había escapatoria posible. Debería haberlo matado en ese instante, mientras seguía distraído. Pero algo me lo impedía, algo detenía mis pies. Había establecido un vínculo, no era simplemente un bulto, un saco al que acuchillar. Era una persona, con sentimientos como los míos. ¿Cómo iba a hacerle aquello? Tal vez fuese mejor morir.

Al final, mi vecino de litera giró la cabeza, mi miró y, de nuevo, me guiñó el ojo. Aquel gesto amansó mi alma. Estábamos juntos en lo que viniera, fuese lo que fuese. Si teníamos que morir, moriríamos. ¿Qué más daba? Esto no era una vida realmente. No una vida como la tuya, te lo aseguro.

Y, apenas finalizó el parpadeo (sí, todo esto me había dado tiempo a pensar en medio parpadeo, pues, como sabrás, el tiempo mental se ralentiza, va más despacio que el tiempo exterior, el de las vivencias reales, y por ello es que podemos vivir muchas vidas en una sola vida, nada más imaginándolas) mi vecino de litera se abalanzó sobre mí con el cuchillo en alto. Me había engañado, estaba dispuesto a apuñalarme, me había cogido por sorpresa y ahora la ventaja era suya. Aterrado, di un paso atrás. Pisé una piedra redonda y caí de